



La belleza en su laberinto

por Daniela Ceccato

El amante (Io sono l'amore), de Luca Guadagnino. Con Tilda Swinton, Flavio Parenti y Edoardo Gabbriellini.

Milán. La nieve lo cubre todo, ¡todo! Hay una cena familiar, la de los Recchi, de la alta alcurnia italiana, dueños de una fábrica textil que los hizo millonarios. Los preparativos, llevados a cabo por el personal de la casa cual ceremonia, se muestran con minuciosidad durante varios minutos. Por fin, ya en la mesa, todo parece en excesivo cuidado: cada uno está sentado junto al que corresponde, no hay comentarios demás, pero las miradas clavan cuchillos. Las apariencias resultan esenciales. Esto se percibe durante el resto del filme el cual, aunque emotivo, muestra personajes -por momentos- gélidos. En el brindis se presenta un conocido de Edoardo, el hijo mayor de Emma (Tilda Swinton), para dejarle una delicatessen hecha por él, que es chef. Aunque apenas pasa unos minutos, llega a conocer a Emma y ya sus ojos comienzan a hablar. Se hacen muy amigos Edoardo y Antonio, el chef. Y, a su vez, este se transforma en el amante de Emma.

El filme revela la belleza más pura. La de la naturaleza, los paisajes, la comida, la vestimenta, las personas, la pronunciación de los idiomas (se habla italiano y ruso) e incluso la de los silencios que, infinitos, dicen mucho. Como quien no habla y observa, para luego acotar una frase letal. Las miradas, precisas, delatan verdades. Belleza que no se explica, se contempla o escucha. Escenas se suceden, a veces, sin llevar a ningún lado. Algunas se perciben desde los ojos de los personajes y brindan interesantes perspectivas. La estética: omnipresente. Un melodrama en su esplendor, que narra las heridas invisibles de esta familia aristocrática que, poco a poco, irá viendo su derrumbe. El director italiano Luca Guadagnino (*Melissa P.*) crea atmósferas poéticas; aunque algunas, sin dejar de serlo, se vuelven impasibles.

La protagonista, Tilda Swinton (*Orlando*, la saga de *Crónicas de Narnia*), una vez más exhibe su exquisitez actoral. Aquí, interpreta a Emma, una rusa que dejó su país -incluso su esencia-, siendo muy joven, cuando conoció a Tancredi, quien se convirtió en su marido. Esa tristeza de quien deja su tierra para siempre, se traduce en una tenue melancolía que no se le va de los ojos. Salvo en ocasiones. Madre de tres hijos, con quienes es cálida y compañera (sobre todo con su hija y su hijo mayor), ella parece tener una vida que, si bien se acostumbró, no le pertenece. Se manifiesta artificial, medida, en pose. Pero no solo ella, cada uno de los personajes guarda para sí sus emociones; expresarlas haría desmoronar la inquietante armonía familiar. Se anima, en parte, su hija quien se va a estudiar a Londres y decide ser ella. Lesbiana, solo se lo cuenta a su madre y su hermano mayor. Emma mira a Elisabetta con una especie de admiración que la contagia de valentía para dar rienda suelta a ser. Y es a consecuencia de la tragedia familiar cuando se abre el camino hacia la libertad.

San Remo. El sol veraniego renueva los ambientes. Emma se enamora de Antonio. Con él se libera, ríe, goza. Con él recupera su verdadero nombre, ruso, que le fue cambiado por Tancredi. La escena más pasional, al aire libre, es de una belleza deslumbrante. Sutilmente, se ven dos cuerpos amándose con locura y una naturaleza, que los rodea, latiendo al compás.

octubre
2016



ISSN: 1853-0427

En sí, el filme transcurre, no solo en las ciudades citadas y Londres, sino a través de dos estaciones: invierno y verano. A ellas se suma la lluvia, de gran significado emotivo. La música de John Adams, aunque busca exacerbar lo que los silencios quieren decir, corresponde más al género de suspenso; no cuadra con lo poético de las imágenes. El trabajo de fotografía es eximio: plasma con nitidez las pieles de los cuerpos de los amantes, la saliva en los besos de las jóvenes lesbianas, las impolutas telas de la vestimenta de Emma (desde su corte, color hasta caída), la naturaleza rozando la humanidad, el arte que cuelga en las majestuosas paredes, la hermosura de los platos que el chef prepara con dedicación... En fin, hay en los detalles una búsqueda incansable de preciosismo. Y, aunque lo encuentra, no alcanza para salir de la encrucijada que provoca la belleza en exceso, la cual, a veces, solo deja silencio.

(0) Comentarios

Dejar un comentario

Nombre

Email

Comentario



Última actualización:
11-10-2016 14:55:10

buscanos en facebook!



IUNA

Instituto Universitario Nacional del Arte

Azcúenaga 1129. C1115AAG
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54.11) 5777.1300

**Área Transdepartamental
de Crítica de Artes**

Bartolomé Mitre 1869
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54.11) 4371.7160 / 4371.5252

Las apreciaciones expresadas en los artículos publicados en ArteCríticas son de entera responsabilidad de cada autor. Esta publicación online no se hace responsable de ellas.